

EUGENE IONESCO

CULTURA Y POLÍTICA

En principio, la cultura no puede disociarse de la política. De hecho las artes, la filosofía, la metafísica, la religión y otras formas de vida espiritual, y las ciencias, constituyen la cultura en sí. Mientras la política, que debe ser la ciencia o el arte de la organización de nuestras relaciones para permitir la vida en sociedad, la vida cultural propiamente dicha, ha asumido en nuestra época la precedencia sobre las otras manifestaciones del espíritu. En efecto, se ha convertido anárquicamente en organización por la organización, es decir, de hecho desorganización del complejo cultural y de la enseñanza en detrimento de la metafísica, del arte y de la espiritualidad, y hasta de la misma ciencia. Al desarrollarse, tomando el lugar de las demás actividades del hombre, ha vuelto loca a la humanidad. La política ya no es hoy sino un combate insensato por el poder, movilizándolo casi todas las energías intelectuales del hombre. Mientras debiera estar centrada sobre un punto de vista que la rebasara, mientras debiera permitir la liberación del hombre, del espíritu y la búsqueda en plena libertad del conocimiento filosófico o científico, de la interrogación acerca de nuestros fines últimos, la política se ha vuelto un compromiso fanático y obtuso que rechaza toda crítica y toda puesta en tela de juicio.

La política no puede existir sin el apoyo de cierta filosofía; sin embargo, existe y prospera en detrimento de toda creencia fundamental. Sabemos bien que el humanismo occidental está en decadencia. También sabemos que los dirigentes de los países del Este ya no creen en el marxismo. El cinismo absoluto y una gran vitalidad biológica es lo permanente de su fe revolucionaria y la sostiene en el poder, en acción, en la lucha por el poder y por la conquista de la hegemonía mundial: es el *imperium mundi* conforme a la definición proférica de Spengler. Se trata pues de ser el más fuerte por ser el

más fuerte; es un combate encarnizado, sin escrúpulos, ya que las ideologías y las morales han desaparecido; es un combate por la conquista del planeta y de sus riquezas materiales. A este respecto hay una anécdota bastante curiosa en el París de 1968. En una pared apareció pintado lo siguiente: "Dios ha muerto, Marx ha muerto, yo tampoco me siento muy bien". A esta guerra absurda de dominación, los medios de respuesta de occidente, a pesar de sus enormes posibilidades técnicas y económicas nos parecen totalmente insuficientes, ya que Occidente tampoco tiene una religión, alguna fe que le de impulsos para combatir. ¿Qué le haría falta a nuestro Occidente si no tiene una filosofía? Simplemente, por el momento, el mismo cinismo o la misma monstruosa y amoral vitalidad que sus adversarios han conservado en esta lucha a muerte. La fuerza y la debilidad de la Rusia soviética es la de combatir sin razón como faunos cazando sobre el territorio de otros faunos. La debilidad y la fuerza de Occidente es la de no poder combatir sin razones profundas.

Evidentemente, los cínicos del marxismo les hablarán de la sociedad utópica que llevarán a cabo, de la dominación del hombre sobre todas las fuerzas de la naturaleza, y de la libertad, de la fraternidad que reinarán finalmente en el mundo. Pero leamos los libros de todos los disidentes soviéticos, de Zajarov y de otros; leamos los libros de aquellos que pudieron huir y se encuentran entre nosotros para saber que, si nuestras sociedades occidentales no les gustan, las sociedades que ellos han dejado son mil veces más detestables. Sabemos todos que existen injusticias y desigualdades sociales en nuestros países. Pero también existe en nuestras sociedades la posibilidad de protesta y de reivindicación. Mientras que en los países que se llaman socialistas, donde no sólo reinan las mismas desigualdades e injusticias, sino también muchísimos privilegios y las más rígidas jerarquías sociales, las polémicas, protestas y reivindicaciones están prohibidas. Solzenitzin y sus camaradas no son los únicos que han atestiguado y exigido su libertad. Muchos otros lo hicieron y pagaron con su vida, como Kravtchenko, así como con su honor, ya que fueron cubiertos de injurias y de calumnias por los intelectuales occidentales: tales como Souvarin, Koestler, Istrati y cuántos más. Quizá la cosa más grave, en efecto, ha sido el acuerdo secreto, que se celebró entre las burguesías occidentales y las burguesías tiránicas del este.

Se puede decir que también de nuestro lado se tuvo miedo a la revolución y, hecho irónico, hemos sido sostenidos por la Rusia soviética, no sólo porque ella necesitaba nuestras materias primas y nuestras técnicas adelantadas, sino sencillamente porque también ella temía una revolución auténtica que hubiese amenazado el conformismo confortable de la burocracia y de su sociedad. Existe, sin embargo, hoy día, una crisis en el partido comunis-





ta francés y algunos intelectuales vuelven a poner en tela de juicio los fundamentos mismos del partido y de su ideología. El partido comunista, como lo dijera recientemente un joven pensador, es un Estado dentro del Estado. El hombre de este Estado, el más conformista de todos, se satisface con las ventajas que pueden darle las organizaciones sindicales y, si no tiene una filosofía vital que lo despierte, las respuestas de sus catecismos le bastarán todavía. Gracias a pequeños arreglos, al perfeccionamiento de la técnica y al espejismo de una revolución que no quiere en la realidad, su pequeña vida burguesa le basta. Luego se desfoga; tiene varios medios para desfogarse: sea mediante manifestaciones en la vía pública que no le son del todo prohibidas como lo son para los obreros checoslovacos, húngaros, soviéticos o chinos; bien mediante elecciones ocasionales o bien, por el deporte. De hecho, estamos todos como el obrero comunista occidental, enloquecidos por la política y el deporte. Burgueses, artesanos, obreros, ricos y pobres, todos tienen la conciencia acaparada, durante un mes al año, por la vuelta ciclista de Francia y el resto del tiempo, cuando menos todos los domingos, por los campeonatos de fútbol o de rugby. En cuanto a las olimpiadas, todo el mundo se encuentra fuera de sí, no dándose cuenta hasta qué punto las competencias deportivas hacen el juego a todas las políticas, no dándose cuenta siquiera que los atletas son falsos superhombres, monstruos del músculo y de la técnica. El deporte y esta política hipertrofiados constituyen el nuevo opio de los pueblos.

Todo esto a costa de lo que llamamos la cultura: ciencia, saber, arte, religión, filosofía. Vivimos en plena crisis de la cultura. Y la vida y la muerte son también escamoteadas. Vivimos al día. Y la insatisfacción, el descontento, las profundidades del alma todavía sepultada, duermen en un profundo sueño, casi letal. Se queja uno de la crisis de la civilización. Los jóvenes confiesan que ya no tienen razón de vivir. Vivir sin razón de vivir es incluso una razón suficiente para vivir entre las personas de los países del este. Pero es evidente que tarde o temprano su conciencia despertará y el problema del por qué y del para qué renacerá en su espíritu. Pues para vivir y para actuar, el hombre no puede impedirle el plantearse el problema de los fines últimos: no puede satisfacerse con su destino individual, necesita creer que la humanidad tiene un porvenir. El exceso de política no ha desespiritualizado suficientemente al hombre para que no permanezca lo que fundamentalmente es, a saber, un ser escatológico. Y si los biólogos han sacado a Dios y la preocupación de los fines últimos, los grandes físicos no los han negado. Louis de Broglie, uno de los fundadores de la física moderna, era un católico practicante; Einstein estaba convencido de que una conciencia superior, divina, regía el mundo. Sólo los periodistas, los ideólogos, los filósofos de décima



categoría, piensan que la creencia en Dios es una debilidad reproachable. Es trágico que por el momento, el mundo, en su mayoría, esté integrado por individuos espiritual y metafísicamente amputados. Repito con fuerza que es el exceso de política lo que ha provocado esta situación: no puede haber vida, no puede haber vida cultural sin metafísica ni espiritualidad. La política, tal como se practica, no es entonces más que un pasatiempo dramático y cruel al cual uno se entrega sin creer siquiera en ella. Las personas se imaginan que es la única diversión que, a pesar de todo, nos permite vivir. En verdad, hemos muerto de política. En realidad, la política ha muerto puesto que han muerto las ideologías y las filosofías de las cuales pretende proceder. La política podría ser el demonio. Contribuye poderosamente a reforzar el mal. Es el Mal.

Se ha hablado pues de la muerte del hombre y de la decadencia del humanismo. Entre las dos guerras mundiales, filósofos como Jacques Maritain o Denis de Rougemont habían rehabilitado el humanismo, orientándolo, haciéndolo relevante, dándole una dimensión religiosa o espiritual. Un humanismo no espiritual como el de Albert Camus, fundado "sobre una moral sin obligación ni sanción", es decir, sin trascendencia, no podía sostenerse pues carecía de raíces, pero donde el humanismo ateo está en desbandada y el antihumanismo moderno se encuentra en desuso, los nuevos filósofos franceses como Jean-Marie Benoist, Lardreau, Glucksmann, están obsesionados por la moral. Pero ¿cómo puede darse la moral sin una renovación de la metafísica? La moral no es, como se cree comúnmente, el conjunto de reglas que cada sociedad se forja y que se destruyen cuando esta se disgrega. Si dios no existe, decía un personaje de Dostoievski, entonces todo queda permitido. Estamos hoy, pues, en busca de los fundamentos eternos de comportamiento que puedan moralizar la política e incluso orientarla hacia la metafísica. La crisis es fundamental. Caminamos en la cuerda floja, como sonámbulos amenazados a cada instante de caer. Se trata, simplemente, del problema del Ser, de la supervivencia del ser humano en el mundo. Ahora bien, la humanidad sólo puede vivir por la cultura. ¿Cuál es esta cultura? Una multitud de circunstancias especiales reunidas en forma más o menos penosa y de las cuales muchas escapan a la memoria. Pero no hay que creer que están perdidas. La cultura intelectual, que es el resultado de ese trabajo de aprendizaje, permanece. ¿Acaso Edouard Herriot no decía que la cultura es lo que queda cuando se ha olvidado todo? Y que ese remanente era lo esencial. De ahí que Amiel decía que un espíritu cultivado es aquél que ha recorrido un gran número de ámbitos de la reflexión y que puede abarcar un gran número de puntos de vista. De ahí que Alain afirmaba que la cultura y la instrucción son cosas bien diferentes y Gastón Bachelard hablaba únicamente de

la persona, que hay cultura en la proporción en que se alimenta la contingencia del saber. Agregaría que no hay verdadera cultura mas que cuando el espíritu se extiende a la dimensión de lo universal.

Según los supuestos americanos de la sociología y de la etnología, por otra parte, la cultura es la configuración general de los comportamientos aprendidos y de sus resultados tal cual son adaptados y transmitidos los miembros de una sociedad dada. La palabra designa entonces, según Margaret Mead, esas formas adquiridas de comportamiento que un grupo de individuos, de educadores unidos por una tradición común, transmiten a sus hijos: tradiciones artísticas, científicas, religiosas y filosóficas, costumbres políticas, técnicas, y los miles de usos que caracterizan la vida cotidiana.

Diré que son, sobre todo, las tradiciones artísticas, científicas, religiosas y filosóficas las que constituyen o deben constituir las expresiones más esenciales y más elevadas de la cultura y de la educación. Pues al surgir de las condiciones y de las estructuras materiales, son el arte y el pensamiento los integrantes del hombre y que lo definen en el más alto grado. Y es por eso que, más allá de la variedad de las diferencias culturales, se encuentran no sólo semejanzas sino formas idénticas y aspiraciones comunes que confluyen a manifestar una indiscutible identidad universal de todos los hombres. La cultura se vuelve entonces expresión de nuestra continuidad y de nuestra multiseccular a través del tiempo y del espacio. Y esencialmente, para mí, el arte es el que revela que más allá de la diversidad se encuentra esta solidaridad de los espíritus. Bien que se sienta integrado o ajeno a su medio cultural, el individuo es necesariamente solidario, es él el portador de valores y permite la renovación de la sociedad en esta síntesis de colectivo y de individual. Así, el más grande poeta anarquista de la Francia moderna, Arthur Rimbaud, quien negara la tradición y la civilización, es recuperado por la cultura nacional, por la cultura universal. En esta forma, todo poeta, todo artista que quiera desarticular el lenguaje, de hecho, lo vuelve a articular y lo enriquece, y todo escritor que trata de expresar su enajenación nos vuelve más libres dentro de la cárcel de nuestra condición terrestre.

Se dirá sin embargo, que es necesario distinguir dos tipos de escritores y de artistas vinculados al más allá. Balzac y Zola parecen, a primera vista, autores políticos y sociales. Igualmente Brecht. Shakespeare es un comentador de la historia, del poder, la política, pero ¿no es a la vez y por encima de todo, un editor metafísico? ¿Y acaso Balzac y Zola no están obsesionados el uno por problemas metafísicos y el otro por problemas que tocan por excelencia a la condición moral del hombre? Todos los autores de algún valor y de cierta autenticidad, tienen bien en primer plano y en forma evidente, bien en el trasfondo de su conciencia que de pronto se revela, una problemática que no se puede

desarraigar, un llamado muy profundo. Los artistas son, por tanto, irremisiblemente místicos y sociales. En la concepción del escritor comprometido que era André Malraux, el arte es el grito trágico, la plegaria de angustia del hombre que se dirige a la divinidad o al cielo vacío. Y es lo social, que un escritor y filósofo como Eugenio d'Ors saca a la luz cuando considera que las sociedades más diversas forman una sola sociedad. La cultura es, para él, como un gran parlamento donde Kant contesta a Platón, donde Plotino discute con el maestro Echart, en el cual Freud interroga a Sófocles o Hegel asume y adopta a Heráclito, donde Carlos Marx contesta a Proudhon o Dostoievski critica a los grandes inquisidores, donde Heidegger interroga a Husserl y lo prolonga, etc...

En su libro titulado *La Utopía y el Socialismo*, el filósofo Martín Buber pensaba que el socialismo podría abrir el camino hacia esta cultura, en que la política tan solo sería un medio secundario, pero el socialismo solo ha comprobado ser un desperdicio, la más grande atomización que jamás tuvo la sociedad capitalista o ninguna otra sociedad, existe actualmente en el mundo un exceso del mal y uno de los aspectos de éste, es el Estado. Un Estado liberal, a veces bonachón, a veces represivo, ha sido sustituido como lo sabemos por otro Estado de una violencia y de una intolerancia enormes. La concentración del poder, el Estado excesivo, es la muerte del hombre, del ser que está triturado por una inmensa máquina. Este Estado excesivo, verdadera dictadura, no abdicará, sobre todo en los países del Este, sin llevar nuestra rebeldía hacia un final exitoso.

Necesitamos pues un orden justo que no es posible sin la caridad y sin el amor. Se muy bien que estas dos palabras están desacreditadas en la actuali-

dad y les ruego no sonreír si las he pronunciado. Por tanto es necesario que la humanidad vuelva a encontrar el equilibrio indispensable entre el hombre y su sociedad. Por otra parte la utopía estática está desmistificada. El mal está diagnosticado, los espíritus iluminados lo saben y lo dicen. Pero todavía hace falta tiempo para que esas evidencias sean comprendidas por las multitudes de personas que todavía constituyen hoy en día las masas, las muchedumbres. Solamente entonces no tendremos más muchedumbres, esas muchedumbres creadas por el Estado o por las propagandas monopolizadoras. Pronto, lo esperamos ardientemente, cederán el lugar a múltiples asociaciones de hombres libres, diversas, originales, personales, en la unidad de la sociedad.

Es pues necesario que la política asuma su papel más importante, el de permitir el desarrollo de la cultura y más especialmente el del arte. Ya que el arte, siendo a la vez arcaico y moderno, muy antiguos y contemporáneos, garantiza la conciencia de nuestra continuidad, de nuestra identidad.

Depósito del inconciente colectivo, expresión espontánea o buscada pero siempre inspirada en la comunidad universal, lenguaje profético, el arte revela el hombre a sí mismo. La creación artística es lo que lleva en sí el mundo y el hombre, de la prehistoria al presente, y haciéndose, lo que anticipa también el porvenir.

Si la política es a menudo mentira, el arte, por su lado no puede mentir. Aún si lo quisiera, el artista no puede mentir, pues sus creaciones son imaginarias y la invención y la imaginación develan y siempre significan. En la frontera de lo real y de lo irreal, es decir, de la otra realidad, el arte vincula nuestro mundo, es sus estructuras esenciales, al más allá.

El arte nos lleva pues hasta el borde del misterio. Si no nos da la llave, ya que ningún esfuerzo humano puede dárnosla, cuando menos nos entreabre la puerta sobre la vida más allá de la vida, más allá de la nada. Mejor que la filosofía, que se pierde en la erudición, el arte nos plantea la pregunta del problema insoluble y nos pone frente a la interrogante sobre nuestros fines últimos. Y esta interrogante es ya un principio de respuesta. El arte es inútil, pero esta inutilidad es indispensable a la vida del hombre. Así, la política separa a los hombres, pues sólo los reúne una forma externa, codo a codo como fanáticos ciegos. Mientras que la cultura y el arte nos reúnen a todos en nuestra angustia común que constituye nuestra única fraternidad posible, la de nuestra comunidad existencial y metafísica. El arte lo es todo. El arte no es nada si uno no se compromete a fondo en su contemplación. Si una obra de arte no lo saca de sí mismo es que no la ha dejado hablar, cada aprehensión de la obra de arte es un combate, un sufrimiento.

Ustedes deben con ella, volver a poner todo en tela de juicio. Muchas gracias.

